



Asesorías y Tutorías para la Investigación Científica en la Educación Puig-Salabarría S.C.
José María Pino Suárez 400-2 esq a Lerdo de Tejada. Toluca, Estado de México. 7223898475
RFC: ATI120618V12

Revista Dilemas Contemporáneos: Educación, Política y Valores.

<http://www.dilemascontemporaneoseducacionpoliticayvalores.com/>

Año: VI Número: 2 Artículo no.:45 Período: 1ro de enero al 30 de abril del 2019.

TÍTULO: Moralitos: ejemplo de educador y revolucionario.

AUTORES:

1. Máster. Josefa Azel Jiménez.
2. Dr. Ramón Pérez Linares.

RESUMEN: El presente trabajo es parte de un resultado científico histórico pedagógico y se utilizaron métodos teóricos y empíricos. Los autores estudiaron la vida y obra del maestro y patriota Rafael Morales González, Moralitos. Maestro desde su adolescencia, caracterizado por su patriotismo se incorporó al Ejército Libertador al iniciarse la Revolución de 1868. Propuso la Ley de Instrucción Pública, fue fundador de las escuelitas de la retaguardia y creador de la cartilla de alfabetización que circuló por toda la manigua insurrecta. Fiel exponente de educador y revolucionario del siglo XIX que sirve de paradigma para las presentes y futuras generaciones de maestros al buscar vías para la democratización de la enseñanza. Murió por su patria y la educación de todos.

PALABRAS CLAVES: maestro, educación, patriotismo.

TITLE: Moralitos: example of educator and revolutionary.

AUTHORS:

1. Máster. Josefa Azel Jiménez.
2. Dr. Ramón Pérez Linares.

ABSTRACT: The present work is part of a historical scientific pedagogical result, and theoretical and empirical methods were used. The authors studied the life and work of the teacher and patriot Rafael Morales González, Moralitos. Teacher since his adolescence, characterized by his patriotism, he joined the Liberation Army at the beginning of the Revolution in 1868. He proposed the Law of Public Instruction, was founder of the little schools of the rearguard and creator of the literacy card that circulated throughout the insurgent mountain. A true exponent of the nineteenth century educator and revolutionary, who serves as a paradigm for present and future generations of teachers when searching for ways to democratize education. He died for his country and the education of all.

KEY WORDS: teacher, education, patriotism.

INTRODUCCIÓN.

El patriotismo, así como el sentido de la dignidad, fueron valores asumidos por los fundadores de la nación cubana, a la vez que forman parte de las tradiciones nacionales expresadas en cada etapa de la lucha por la independencia con la adopción de sólidas posiciones patrióticas demostradas con lecciones de heroicos sacrificios, entrega y fidelidad a la causa, sin reparar en las dificultades y limitaciones. Este es el legado que los cubanos de ayer, dejaron a los cubanos de hoy.

Cuba cuenta con una herencia de ilustres educadores que han contribuido a fomentar esos valores desde diferentes ópticas teóricas: El Padre José Agustín Caballero posee el mérito de haber determinado el fin de la educación cubana a partir de los intereses nacionales y de la clase más avanzada de su época con el objetivo de: “formar hombres activos y capaces, que pudieran servir a la Patria” (Pérez, 2007).

La formación de valores encontró en el padre Caballero el máximo exponente en esa etapa histórica y así lo definió Félix Varela al plantear que: “fue el primero en el santuario de las letras, y el primero en el santuario del Patriotismo” (Pérez, 2007).

Seguidor de sus ideas, fue precisamente el Padre Félix Varela y Morales, quien centró su interés en la formación moral de la juventud, por lo que escribiría *Cartas a Elpidio* (1835-1836), obra educativa no convencional dirigida a la juventud cubana, a la que calificó como "la dulce esperanza de la patria" (Varela, 1945).

El sentimiento bien definido de patriotismo se aprecia en Varela al plantear: “El amor que tiene el hombre al país en que ha nacido, y el interés que toma en su prosperidad, los llamamos patriotismo” (Varela, 1935). Varela criticó fuertemente a los falsos patriotas al expresar: Muchos hacen del patriotismo un mero título de especulación, quiero decir, un instrumento aparente para obtener empleos y otras ventajas de la sociedad. Patriotas hay (de nombre) que no cesan de pedir la paga de su patriotismo, que lo vociferan por todas partes y dejan de ser patriotas cuando dejan de ser pagados. ¡Ojalá no hubiese tenido tantas ocasiones de observar estos indecentes traficantes de patriotismo! ¡Cuánto cuidado debe ponerse para no confundirlos con los verdaderos patriotas! “No es patriota el que no sabe hacer sacrificios en favor de su patria, o el que pide por esto una paga (Varela, 1935).

Estos principios y concepciones acerca de la moral y el patriotismo estuvieron presentes en la formación de las nuevas generaciones de cubanos. El papel jugado por diferentes escuelas y sus maestros que funcionaron entre 1840 y 1867, tales como: El Salvador de José de la Luz y Caballero, La Empresa de los hermanos Guiteras, Santiago de Juan B. Sagarra, y San Pablo de Rafael María de Mendive constituyeron un fiel ejemplo en la formación de un profundo sentimiento patriótico, por lo que han sido considerados como auténtica “fragua de criollismo”.

Continuador de las ideas de Varela, la expresión más alta de la labor educativa en la primera mitad siglo XIX, lo fue José de la Luz y Caballero (1800-1862) al plantear: “... educar es templar el alma para la vida... Tengamos el magisterio y Cuba será nuestra” (de la Luz, 1945).

Herederero también de esa tradición patriótica, se encuentra Rafael Simón Morales y González, Moralitos, educador excepcional e insigne patriota de la Revolución de 1868, gesta llevada a cabo por los cubanos con el objetivo de lograr la independencia de la patria del yugo colonial español.

Educación e independencia son dos ejes paralelos de la historia Cuba que se encuentran presentes en su ideal revolucionario y en su trayectoria de educador social (Buenavilla, 2002). Su obra educativa y revolucionaria tiene un extraordinario valor, tanto para la Historia de la Educación en particular como para la Historia de Cuba en general.

Como puede apreciarse, el magisterio cubano es herederero y continuador de esa rica tradición patriótica. Por estas razones, el presente trabajo tiene como objetivo: Valorar la actividad patriótica-magisterial presente en la vida y obra de Rafael Morales González, Moralitos.

DESARROLLO.

Antecedentes.

Moralitos nació el 28 de octubre de 1845 en San Juan y Martínez, provincia de Pinar del Río, Cuba. Hijo del matrimonio de Rafael Morales y Ponce de León con doña Rafaela González de la Cruz Camero; su padre falleció cuando aún era un niño. La viuda y sus cuatro hijos desamparados en aquella sociedad esclavista de la primera mitad del siglo XIX no tenían alternativa de sobrevivencia, por lo que recurrieron a familiares y amigos radicados en La Habana.

Ya en la capital de la colonia, Rafael Morales encontró a personas que le ofrecieron ayuda; realizó sus primeros estudios en la Escuela de José Fors de forma gratuita. Su inteligencia, voluntad y tenacidad le permitieron lograr un alto aprovechamiento académico, por lo que su maestro lo recomendó al profesor Ramón Ituarte, director del Colegio Santo Tomás para que realizara sus estudios secundarios.

Este último colegio le serviría no solo como centro de estudio, sino también de trabajo. Apenas era un adolescente cuando se convirtió en maestro, monitor de los alumnos de 7 a 10 años de la escuela a los que enseñaba Psicología y Ética, por lo que se convirtió en una guía, en un ejemplo, para sus condiscípulos.

Se destacó por su diligencia y responsabilidad, todos lo querían y respetaban, incluso los maestros más experimentados. Su tamaño y complexión, además del efecto que generaban sus palabras, determinaron que le llamaran cariñosamente, Moralitos.

La actividad de maestro en el propio colegio, le serviría para modelar su talla de educador. Al decir de sus contemporáneos, sus explicaciones eran claras, limpias, amplias. Ingresó en la Universidad de La Habana cuando todavía no rebasaba los 15 años, a la par que continuaba impartiendo clases en el Colegio Santo Tomás.

En la década de 1860, era reconocido como un maestro talentoso. En los exámenes públicos, sus alumnos demostraron dominio de la expresión y habilidad para relacionar conceptos, así como una desusada iniciativa para responder las preguntas de los examinadores (Vidal, 1904).

El éxito alcanzado por sus alumnos fue extraordinario, lo que conllevó a que fuera felicitado por Ramón Zambrana, vocal de la Junta Superior de Instrucción Pública, quien presidía los exámenes oficiales. El periódico El Siglo le dedicó dos artículos, donde señalaba que el joven maestro había comprendido a cabalidad el método de Pestalozzi, pero aclaraba que la forma de aplicarlo era auténtica de Moralitos.

Los niños que estudiaban con él no se aprendían las definiciones de memoria, como era usual bajo la escolástica española, sino que con sus propias palabras exponían los ejemplos históricos. Su método de enseñanza le permitía lograr en sus alumnos un aprendizaje que se alejaba por completo de la rutina y el empirismo propios de la época, lo que constituyó una verdadera revolución en materia de educación en la Cuba colonial del siglo XIX.

Según Vidal Morales, preparaba al niño para la enseñanza objetiva, y de ahí su éxito prodigioso. Despertaba su natural curiosidad y cuando se mostraba ávido de conocer, le hacía al maestro frecuentes interrogantes que revelaban sus deseos de investigarlo todo (Vidal, 1904). A partir de ahí, la acción educadora empezaba a producir el fruto codiciado. El método que Morality aplicaba era el inductivo, pues comenzaba siempre de lo fácil a lo difícil, de lo simple a lo compuesto, de lo relativo a lo absoluto.

Estudió en la Facultad de Filosofía y Derecho de la Universidad de La Habana, única en el país en ese entonces. Se destacó como un brillante estudiante universitario con altas calificaciones y premios, pero sobre todo, por su bellísima expresión oral, por su verbo encendido, razón por la cual sus compañeros lo denominaban Pico de Oro.

Es muy meritoria su actitud como estudiante, si se tiene en cuenta las dificultades económicas por las que atravesaba. Para sostenerse y sostener a su familia, además de las clases que impartía en el Colegio Santo Tomás, fue agente del bufete de un abogado muy solvente e impartió clases particulares en casas de familias acomodadas, como la del señor Leonardo del Monte y Aldama.

Se caracterizó por ser un estudiante rebelde, en el sentido de no aceptar los criterios dogmáticos y arcaicos de la enseñanza escolástica. En más de una ocasión, apoyándose en su posición como alumno excelente y su genial originalidad, rebatió conceptos y principios expuestos por los profesores.

Múltiples ejemplos de su genialidad son tangibles, basta citar algunos como fue el severo análisis crítico acerca de la nomenclatura del texto de Casares, utilizado en la enseñanza de la Química; en la clase de Economía Política modificó la clasificación de las industrias expuesta en el libro de Carballo. De igual modo, amplió con nuevos conceptos la teoría de la visión formulada por el médico y físico inglés Thomas Young (1773-1829), célebre descubridor de las interferencias de la luz, por lo que el sabio cubano, Felipe Poey Aloy (1799-1891), lo felicitara por este aporte y le sugirió que enviara ese trabajo al Instituto de Investigaciones de Francia.

Como estudiante universitario, gustaba de la Filosofía y las ciencias; en ambas disciplinas se distinguió notablemente. En las clases de Filosofía del profesor José Manuel Mestre Domínguez (1832-1886), en más de una oportunidad sometió a duras críticas los planteamientos de Jaime Balmes (1810-1848), presbítero y filósofo español, autor del texto oficial Elementos de Filosofía utilizado en ese entonces.

Es preciso señalar, que aquella aula universitaria era un hervidero de nuevas ideas de redención, donde mostraron sus capacidades e inteligencia jóvenes que luego llegaron a ser personalidades ilustres de la vida nacional, como por ejemplo: Álvaro Reinoso, Anselmo Suárez Romero, Rafael María de Mendive, Juan Clemente Zenea. Entre ellos, descolló Moralitos, por su elocuencia y profundo matiz dialéctico con los que desarmaba a sus interlocutores (Simpson, 1984). Su gran talento le serviría para relacionarse con lo mejor de la intelectualidad criolla.

En junio de 1868, obtuvo el grado de Bachiller en Derecho Civil y Canónico cuando solo contaba 23 años de edad. Se presentó a un examen riguroso efectuado en el Aula Magna de la Universidad de La Habana. Su índice académico estuvo conformado con notas de sobresaliente desde la primera a la última asignatura.

Moralitos incentivado por su vocación magisterial, se convirtió en un entusiasta promotor de la instrucción entre los obreros, lo que evidencia su pensamiento democrático. La desigualdad social prevaleciente en la etapa colonial alcanzaba la educación, los hijos de las clases privilegiadas podían ilustrarse en los colegios privados y más tarde en la Universidad, mientras la educación pública era precaria en la colonia cubana, pues el gobierno colonial español prestaba escasa atención al nivel de instrucción del pueblo.

En el Colegio El Progreso, en La Habana, instaló una escuela nocturna gratuita con una matrícula de ochenta alumnos para impartir clases de Lectura, Escritura y Aritmética a cuantos artesanos y

jornaleros las necesitaran; sin embargo, este proyecto murió al nacer como resultado de la presión ejercida por las autoridades peninsulares, que obligó a cerrar la escuela.

Otro intento similar de Moralitos no llegó siquiera a solidificarse. Para evitar ser desautorizado, dirigió su solicitud al gobierno superior político, a través de José Silverio Jorrín, inspector de escuela y vocal de la Junta de Instrucción Pública. Igualmente, se le negó la posibilidad de enseñar a los artesanos y jornaleros, la negativa decía que atentaba contra la paz y el bienestar del país. La prensa reaccionaria, tanto española como cubana, fue más precisa en sus acusaciones y señaló, que los artesanos no debían saber otra cosa que lo que puramente concernía a sus respectivos oficios.

Moralitos no desistió de su empeño. Aprovechó la amistad sostenida con destacados profesionales para darse a la tarea de lograr sus propósitos en un lugar alejado de los trajines oficiales de la capital. Precisamente, a más de 120 kilómetros al sur de La Habana, en el término municipal de Santiago de las Vegas, intentó transformar la Sociedad Filarmónica del lugar en un Liceo Científico Artístico y Recreativo.

Su verdadero propósito era crear una institución que aglutinara a los cubanos en la lucha por su propia cultura y les permitiera vincularse con las clases trabajadoras. Proyectaba fundar una Biblioteca Pública, ofrecer clases gratuitas con materiales que propendieran al progreso del municipio y editar un periódico portavoz de los adelantos que se conocieran, así como otras iniciativas.

Moralitos pronunció un discurso titulado “La influencia poderosa que tiene la asociación en el destino de las naciones y el adelanto de los hombres”, en el que elogiaba a John Brown y a Abraham Lincoln. En el propio acto, el poeta Luis Victoriano Betancourt le dedicó a la juventud de Santiago de las Vegas un poema, cuyos versos decían “que si sabes luchar con esperanza / el laurel obtendrás de la victoria” (Vidal, 1904).

Los antecedentes que se tenían de Moralitos y estos versos clamorosos de redención sirvieron para alertar de inmediato a las autoridades españolas, pues descubrieron que detrás de aquel movimiento cultural se escondía un proselitismo patriótico. Se ordenó terminar la fiesta y se condenó la iniciativa de Moralitos, de modo que bajo ningún pretexto se atreviera a poner los pies en Santiago de las Vegas. Sus esfuerzos habían resultado baldíos.

Se propuso ilustrar al pueblo a través de la educación y prepararlo para la lucha que se avecinaba. Comprendió tempranamente que la única solución era la lucha por la independencia, pero tendría que esperar a que se iniciara, por lo que prosiguió con su ineludible posición ante los problemas sociales.

Rafael Morales era opuesto a cualquier tipo de opresión. En su concepción, la sociedad debía estar formada por hombres que conquistarían la libertad e independencia, por lo que fustigó la esclavitud e hizo esfuerzos por terminar con este flagelo que dañaba la dignidad humana.

Estaba convencido del derecho a la libertad e igualdad entre todos los hombres. Precisamente, la igualdad tenía como verdadero basamento la libertad que era idéntica para todos los hombres, sin ningún tipo de discriminación racial ni de género.

Participación en la Revolución de 1868.

Cuando Carlos Manuel de Céspedes, el iniciador de los cien años de lucha del pueblo cubano, con el alzamiento en su ingenio Demajagua el 10 de octubre de 1868, dio el grito de independencia y convocó a los cubanos a la guerra por la libertad de Cuba para liberarla de la opresión colonial; Rafael Morales fue de los primeros que se incorporó a la lucha procedente de La Habana. Con solo 23 años de edad, luchó con la valentía que caracterizaba al mambí en Camagüey y en tierras orientales.

En la manigua insurrecta, puso su inteligencia al servicio de la República en Armas. Formó parte de la Corte Marcial desde principios de 1869 en los territorios de Cuba libre. Estuvo entre los quince delegados que participaron en la Asamblea Constituyente, celebrada en Guáimaro el 10 de abril de

1869. Allí fue elegido representante a la Cámara como diputado por Occidente y se considera como uno de los más brillantes legisladores donde discutió la división territorial del país, la organización judicial, el régimen administrativo, y la ley abastecimiento de cargos.

En Guáimaro se aprobó la primera constitución cubana que marcó el proceso de institucionalización del país. En el artículo 28 se planteaba: La Cámara no podrá atacar la libertad de culto, de imprenta, reunión pacífica, enseñanza y petición, ni derecho alguno inalienable al Pueblo¹, lo que evidencia la preocupación de los revolucionarios cubanos por la educación, por la instrucción del pueblo, además de otros derechos ciudadanos.

Como representante de la Cámara, asumió una de las secretarías del cuerpo. Realizó un trabajo intenso que lo llevó a que fuera promovido como Secretario de Guerra de la República en Armas en 1870 durante el mandato presidencial de Carlos Manuel de Céspedes.

Pocos meses después de celebrada la Asamblea Constituyente, Moralitos propuso a la Cámara de Representantes la Ley de Instrucción Pública en la que quedó plasmado su interés por la instrucción del pueblo, aspiración suprema por la que había luchado desde su adolescencia. Al respecto planteó: “Que no se olvide por un solo momento que la educación popular es la garantía misma de las garantías sociales, si se quiere que no sean estériles las lágrimas derramadas” (Morales, 1985).

Para Moralitos, el fin y objetivo de la educación era la formación de un individuo preparado para vivir una nueva época histórica. La moral del patriotismo era su mayor anhelo y solo la educación podría contribuir a ello.

Esta ley sentaba las bases conceptuales y jurídicas de la política educacional de la República en Armas. Se caracterizaba por su flexibilidad, teniendo en cuenta que el país estaba inmerso en una

¹ Ver Constitución de Guáimaro. En: Documentos para la Historia de Cuba. Tomo I. Editorial Ciencias Sociales. La Habana, 1986. pp. 386-391.

guerra de liberación, pero también por su alcance y profundidad de su contenido democrático. En sus artículos quedaba plasmado el carácter gratuito, democrático, laico y estatal de la educación, así como insertar la enseñanza de las asignaturas Geografía de Cuba e Historia de Cuba.

La Ley de Instrucción Pública es considerada, de hecho, como una respuesta revolucionaria a la negación del gobierno colonial español a la instrucción del pueblo, pues quedaban claramente definidas dos políticas diametralmente opuestas relacionadas con la educación popular y dos concepciones pedagógicas antagónicas. Constituía, por tanto, "...una política educacional nacida de la confrontación bélica e ideológica, consustancial al proceso de liberación nacional e imbuida de concepciones avanzadas, filosóficas, políticas, sociales, que los fundadores de la patria heredaron de la ideología revolucionaria francesa" (Ferrán, 1993). Además, desde el punto de vista pedagógico, era heredera de la educación para el patriotismo planteada por Varela y otros padres fundadores.

Al respecto, Fidel Castro Ruz, en su discurso pronunciado en Camagüey el 11 de mayo de 1967, al conmemorarse el aniversario número noventa y cuatro de la caída en combate del insigne patriota Ignacio Agramonte, expresó: "... es admirable aquel empeño, aquel esfuerzo por dotar a la república en plena guerra de sus instituciones y de sus leyes" (Castro, 1967).

En la manigua insurrecta, los patriotas se dieron a la tarea de tomar las medidas pertinentes para ofrecer instrucción a las tropas del Ejército Libertador, que en su gran mayoría estaban lastradas por el analfabetismo. Dichas medidas estaban dirigidas a prepararlos como ciudadanos capaces de actuar en las condiciones de la República en Armas, desarrollar la conciencia política y sentar las bases de la unidad de las fuerzas revolucionarias cubanas.

De esa forma, "... se fundaron las escuelitas de la retaguardia por iniciativa de jóvenes intelectuales habaneros, que tenían experiencia en la enseñanza, tanto como alumnos como maestros" (Portuondo, 1973). Sin lugar a dudas, Moralitos sobresalió entre ellos.

En pleno campo de batalla, Moralitos fundó las escuelitas de la retaguardia en su campamento militar en la Brigada del Este, - después se extendieron a otros lugares, así como en caseríos y rancherías- a las que asistían soldados y campesinos para aprender a leer y escribir. Fue el creador de una cartilla cubana para alfabetizar a través del método silábico que todavía no era usual en Cuba, se proyectaba el aprendizaje de la lectura en solo dos meses.

La cartilla circuló por todo el territorio insurrecto a partir del mes de abril de 1872, se reproducía a mano con los recursos disponibles en el campo de batalla. Constituyó un indiscutible medio de enseñanza-aprendizaje, además de representar para los soldados y campesinos que se alfabetizaban un verdadero tesoro.

Independientemente de su alcance pedagógico, la cartilla es muestra de originalidad, ya que fue la primera en este tipo de enseñanza para que aprendieran a leer y a contar los compatriotas, educarlos políticamente y elevar su nivel de instrucción.

Su utilización en plena campaña bélica significó un indudable aporte en la lucha contra el analfabetismo en el país, además de evidenciar el surgimiento de una pedagogía revolucionaria: la pedagogía mambisa, manifestada en la total cohesión del aprendizaje con los sentimientos patrióticos e independentistas del mambisado cubano, pues unos a otros se enseñaban a leer sin distinción de grados ni condición social.

Se observa la introducción de nuevos métodos de enseñanza dirigidos a asumir la realidad del campo insurrecto, pero por encima de todo, el nuevo papel del maestro: innovador y combatiente por la plena independencia de la patria.

Esta pedagogía revolucionaria constituyó un paso de avance trascendental en la evolución de las ideas y concepciones escolares y pedagógicas prevalecientes en el siglo XIX, y contribuyeron a que se fusionaran los elementos culturales, étnicos y psicológicos del pueblo cubano en pleno proceso de lucha.

Moralitos fue ejemplo de maestro y de educador revolucionario. Participaba en los actos de reafirmación patriótica, en las festividades cívicas, y en los momentos difíciles de la vida insurrecta. Su elocuencia fue motor impulsor de entusiasmo en los campos de Cuba libre.

Según explica Santovenia (1945) en su actividad como soldado del Ejército Mambí, fue herido en el combate de Najasa, Camagüey, el 26 de noviembre de 1871. Con el rostro desfigurado, hundida la barbilla, desprovisto de dientes y muelas, imposibilitado de ingerir alimentos sólidos y emitir algunos sonidos, sufrió en ese estado casi un año.

A pesar de sus dolencias físicas continuó su trabajo como educador con la fundación de escuelas y enseñó a leer a muchos campesinos y mambises en la zona donde radicaba su campamento. Se hicieron varios intentos para trasladarlo al extranjero con la finalidad de que fuera intervenido quirúrgicamente, pero en la noche del 15 de septiembre de 1872, murió en la Sierra Maestra, extremo oriental de la Isla a los 27 años de edad.

Más tarde, José Martí, el apóstol de la independencia de Cuba escribiría acerca de Moralitos: “De viril etiqueta, empinado y vivaz, verboso de pensamiento y todo acero y fulgor, como tallado en una espada” (Martí, 1963).

CONCLUSIONES.

Moralitos, patriota de la gesta de 1868, es un fiel exponente de educador y revolucionario del siglo XIX, que sirve de paradigma indiscutible para las generaciones actuales y futuras del magisterio cubano, ya que buscó varias vías para la democratización de la enseñanza, y con su ejemplo, sembró el camino de la resistencia pedagógica al morir enseñando en el campo de batalla en la Guerra de los Diez Años.

Murió por su patria y por la educación de todos, por la igualdad entre los hombres, por una nueva educación en una nueva patria.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

1. Buenavilla, R. (2002) Educador social. La Habana, Cuba: Editorial Varona.
2. Castro, F. (1967, 12 de mayo). Discurso conmemorativo por la caída en combate de Ignacio Agramonte. Periódico Granma. pp. 1-3.
3. Ferrán, H. (1993). La política educacional durante la República de Cuba en Armas y las bases de una pedagogía de la revolución surgida en la lucha armada. La Habana, Cuba: Editorial Varona.
4. Luz, J. de la. (1945). Aforismos. La Habana, Cuba. Editorial Universidad de La Habana.
5. Martí, J. (1963). Obras Completas. Tomo 14. La Habana, Cuba: Editorial Nacional de Cuba.
6. Morales, R. (1985). Diario de Campaña de Rafael Morales, Moralitos. La Habana, Cuba: Editorial Ciencias Sociales.
7. Pérez, R. (2007). Estudio de la obra educativa de José Agustín Caballero como iniciador de la Pedagogía cubana. (Tesis doctoral no publicada). Instituto Superior Pedagógico “Félix Varela”, Santa Clara, Cuba.
8. Portuondo, F. (1973). La cultura dentro de la guerra de 1868. En: Sobre la Guerra de los Diez Años 1868-1878. La Habana, Cuba: Instituto Cubano del Libro.
9. Santovenia, E. (1945). Vida y pasión de Rafael Morales. La Habana, Cuba: Editorial Trópico.
10. Simpson, R. (1984). La educación superior en Cuba bajo el colonialismo español. La Habana, Cuba: Editorial Ciencias Sociales.
11. Varela, F. (1935). Educación y Patriotismo. La Habana, Cuba: Editorial Secretaría de Educación. Dirección de Cultura.
12. _____ (1945). Cartas a Elpidio sobre la impiedad, la superstición y el fanatismo en sus relaciones con la sociedad. La Habana, Cuba: Editorial Universidad de La Habana.
13. Vidal, M. (1904). Hombres del 68. Rafael Morales y González. La Habana, Cuba: Imprenta de Rambla y Bouza.

DATOS DE LOS AUTORES.

1. Josefa Azel Jiménez. Licenciada en Historia y Máster en Educación Superior. Profesora e Investigadora Auxiliar del Departamento de Historia. Universidad Central “Marta Abreu” de Las Villas, Cuba. Correo electrónico: josefaa@uclv.edu.cu

2. Ramón Pérez Linares. Licenciado en Historia y Doctor en Ciencias Históricas. Profesor Titular y Consultante del Departamento de Historia. Universidad Central “Marta Abreu de Las Villas, Cuba. Correo electrónico: rapelip@uclv.edu.cu

RECIBIDO: 4 de septiembre del 2018.

APROBADO: 30 de septiembre del 2018.